

a debate ¿Qué es lo patrimonial en el cine: la película, la sala... o el ritual?

| coordina Mariano Pérez Humanes

“No es lo mismo poner películas que poner cine”: la experiencia del cineclub de la Universidad de Granada

Juan de Dios Salas | Cineclub Universitario/Aula de Cine Eugenio Martín, Universidad de Granada

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/6030>

Las presentes líneas no son el resultado de ninguna labor de investigación y por tanto dudo que puedan tener alguna relevancia académica. Se tratan, sencillamente, de una manera de contestar a la pregunta planteada plasmando, negro sobre blanco, la experiencia acumulada, semana tras semana, un curso académico tras otro, en el Cineclub Universitario/Aula de Cine “Eugenio Martín” de la Universidad de Granada.

Por ello creo que lo primero es, desde mi condición de coordinador del mismo hace tres décadas, dar, de inmediato, la esperada contestación: en mi opinión, no se trata de elegir. Los tres son igualmente importantes, necesarios, e igualmente patrimoniales y patrimoniales. Espero poder explicar a continuación por qué lo entiendo así de forma tan rotunda.

Sobre la primera pieza de la tríada propuesta no puede ni debe haber la menor duda. Las películas, cualquier

película, son patrimonio de la humanidad. Me es indiferente su mayor o menor calidad cinematográfica, o si son consecuencia de un proceso industrial con vista a una venta/comercialización o resultado de un hacer *amateur* o de si han sido concebidas con una función didáctica, artística, propagandística o de puro entretenimiento. Todo material fílmico existente, desde que se comienzan a tomar las primeras imágenes en movimiento, debería ser preservado, sin discusión, puesto que es un testimonio de incalculable valor acerca de lo que hemos sido como especie en el planeta. Y en este sentido, no creo que sea casual que desde el año 2005, la Unesco celebre cada 27 de octubre el Día Mundial del Patrimonio Audiovisual, para recordar y reconocer la labor de personas e instituciones volcadas en esa tarea de conservar para generaciones futuras y mostrar a la presente lo que hemos sido, lo que hemos hecho, lo que hemos creado, contado e imaginado. Todo ello plasmado sobre celuloide y otros soportes posteriores.

Así que quizás sea en las piezas segunda y tercera de la tríada, la “sala” y el “ritual”, donde pueda haber más disensiones o dudas. Sin embargo para nosotros como cineclub y para mí como su responsable, la respuesta es obvia, clara. Y la mejor forma de expresarla es enunciando el principio que guía toda mi tarea: no es lo mismo “proyectar películas” que “proyectar cine”; no es lo mismo organizar actividades donde se proyectan/se ven películas que organizarlas para proyectar y ver cine.

Hoy día las películas se proyectan (y se ven) en cualquier sitio: televisiones, ordenadores, móviles, medios de locomoción, cafeterías, pubs... ¡hasta en salas especializadas! Proyectan películas las plataformas digitales, las empresas de transportes, las empresas de ocio noc-



Cineclub Universitario/Aula de Cine Eugenio Martín, Universidad de Granada
| fotos María José Sánchez



turno, las grandes superficies comerciales... ¡incluso las cadenas de salas de exhibición!

Una película se puede ver/disfrutar en la soledad y tranquilidad del hogar o en el bullicio y estruendo de una estación de metro –eso me aseguran–. O en un local de copas, entre consumición y consumición. Es una experiencia que, sin duda, se puede vivir de manera aislada, privada, particular. Sin embargo, el cine se concibió como un espectáculo colectivo, de comunidad, una “comunidad” con desconocidos. Es allí donde, todos unidos por el anónimo vínculo de la oscuridad de la sala pero sin dejar de ser cada cual uno mismo, el individuo se vuelve parte de una totalidad que ríe, llora, tiembla, se indigna... o, sencillamente, se olvida del mundo exterior. Hoy día esta comunidad es casi imposible: los hábitos de consumir (no de ver) películas en las salas dedicadas a ello lo impiden: mandan los móviles, las “orgías gastronómicas”, los comentarios a voz en grito. Por ello, en el Cineclub de la Universidad de Granada cuidamos que esto no ocurra: nuestra sala es un espacio para ver cine, un espacio concebido para “compartir” el cine.

Y es esta actitud la que lleva a la tercera pieza y que, a la postre para mí, engloba a las otras dos, les da sentido

y acaba siendo la principal. Puede que el término “ritual” no sea el más idóneo –no lo digo por mí: no se me ocurre mejor forma de expresarlo- sino para los “arroja-películas”. Precisamente por la abundancia de estos últimos, para el Cineclub UGR proyectar/poner cine es, como para Vicente Monroy, programador de la Cineteca de Madrid que nos visitó hace un par de meses, “presentar, acompañar la película ante el público”. Personalmente, siempre he pensado este “ritual” como “el que hace el mejor anfitrión posible con la invitada de cada noche”.

Para nosotros, ofrecer cine no es solo poner la película. Ofrecer cine, poner cine es –y desconozco si esto sería susceptible de ser un “ritual patrimonial”- hacer que esa obra que los asistentes van a ver esté adecuadamente presentada, que la “invitada” sea previamente contextualizada ante los presentes. De ahí que no conciba organizar actividades en las que se va a ofrecer cine sin una previa elaboración de materiales didácticos/divulgativos a los que el público tiene acceso antes y durante los previos a la sesión. O sin su presentación en la sala. O sin una música previa que, como en los “rituales” de proyección de “antaoño”, sumerja al espectador en el mundo que pronto surgirá en la pantalla, aislándolo de la realidad exterior de la que viene y a la que volverá. Diferencia, pues, entre “poner películas” y “poner cine” ¿Es esta práctica -u otras similares- algo que sea digno de “patrimonializar”, una forma de preservar para futuras generaciones eso que hasta no hace mucho se llamaba “vivir la experiencia cinematográfica”? Y si se pudiera hacer, ¿asegura que, independientemente de los cambios hacia el ámbito privado que pueda tener el consumo de películas, pervivirá y podrá, quien quiera, conocer y experimentar lo primigenio de este medio de expresión, de este espectáculo, de este entretenimiento, de este arte?

No me atrevo ni tan siquiera a especular al respecto ni aventurar una respuesta. Lo único que puedo asegurar es lo que nosotros hacemos en cada sesión. Como también puedo asegurar que funciona: que el más del centenar de personas que nos acompañan cada día sí vive lo que es “ver cine”.